



## El informe y el miedo

Roberto Lerner

Profesor del Departamento de Humanidades de la PUCP

**Síntesis:** La falta de vocación por la verdad y la reconciliación resulta ser el límite que el contexto social le pone al informe de la CVR para tener efecto curativo. Una aproximación al tema de la CVR desde el punto de vista de los sentimientos que en su momento provocaron su formación y la presentación del informe final.

Cuando se decidió conformar una Comisión de la Verdad en nuestro país, se vivía un clima muy particular. Una mezcla de euforia parecida a la que sigue a las pocas victorias futbolísticas de las que podemos ufanarnos los peruanos – escribo al día siguiente de la victoria de Cienciano sobre el Boca Junior por la recopa sudamericana (un campeonato más en el deporte monetizado a ultranza) - y entumecimiento colectivo.

Se salía de una época de cuyos extremos había constancia audiovisual, de cuyos masivos engaños nadie se atrevía a dudar. Se ingresaba en una era, una más en el curso de nuestra historia, de ilusiones y esperanzas. Para limpiar los establos atiborrados de suciedad, había que comprender lo ocurrido durante 20 años de guerra interna. No solamente saber la verdad de esas terribles circunstancias, claro, sino entablar una lucha decidida contra todas las corrupciones, entre las que, sin duda, una de las peores es la de la memoria colectiva.

Fueron momentos en los que casi nada de lo que se propuso en el sentido de lo anterior despertó oposiciones frontales y abiertas. Los participantes directos, los convalidadores profesionales, los especialistas en desviar la mirada y aun aquellos sinceros adherentes a las fórmulas durísimas para una sociedad que suponen incapaz o sin méritos para la democracia, estaban demasiado apabullados por la implosión del régimen fujimorista. Ni siquiera los que tenían el monopolio de las armas, los malos entre los malos, habían hecho el gesto, la finta, de resistir y, menos, de contraatacar.

El Gobierno de Transición nombró a los integrantes del colegiado que debía investigar las huellas del horror y los que querían convertirse en gobierno constitucional respiraron hondo y se hicieron a la idea. Quizá sería una más de las producciones de intelectuales izquierdistas o ex izquierdistas que siempre han quedado en los márgenes de la practicidad de la sociedad peruana.

Finalmente, con las inclusiones hechas por el gobierno que fue elegido en el 2001, los comisionados y los especialistas que los ayudaron fueron haciendo su trabajo de arqueología social, levantando testimonios, encontrando pistas, recuperando memorias, definiendo responsabilidades.

Pero entretanto, como ocurre tan frecuentemente en el Perú, los excesos de expectativas, las torpezas oficiales, los apañamientos y medias tintas entre viejos compadres, la tibieza de ciertas acciones, el agotamiento temprano de las reservas de testosterona, entre otros, fueron permitiendo el reagrupamiento de los que habían callado, de los escondidos y de los que simplemente esperaban su momento para hacer los reacomodos y renacimientos a los que nos tiene acostumbrados nuestra historia.

También es verdad que los comisionados de la verdad asumieron su trabajo con una cierta inocencia académica y no se preocuparon por las condiciones cambiantes de la política



nacional y los nuevos contextos que iba definiendo un gobierno esencialmente débil y vacilante, y los embates cada vez más desembozados de una alianza variopinta interesada en demostrar que entre todas las inoperancias, los emprendimientos de la CVR era una más. Concentrados en la excelencia y solidez de su ejercicio y del producto que emergería, pero también sobrecogidos y cambiados hasta la médula por lo que iban encontrando, se olvidaron del marketing y de que, en su momento, habrían de enfrentar a un enemigo curtido al que, justamente, la verdad le tiene sin cuidado.

Ante la inminencia de la presentación del informe, se comenzó a agitar el ambiente. Partidos políticos, gremios – empresariales, de militares retirados-, grupos de la sociedad civil, medios de comunicación, adivinaban el contenido, lo descalificaban junto con quienes lo habían producido y reflejaban un enorme miedo. Miedo a los señalamientos de responsabilidad y culpabilidad. Miedo a las indicaciones de complicidad e indiferencia. Miedo a las cifras. Miedo a las voces que nunca han hablado – incluyendo la propia- y cuyos gritos no fueron escuchados por casi nadie. Miedo a tener que discutir – ese desprecio de la palabra que dice algo y que no es hueca-, explicar, ponerse en la perspectiva de otros que nunca se han contado entre los que tienen perspectiva. Miedo de perder el tiempo. Miedo de perder dinero. Miedo del ruido. Miedo, mucho miedo.

¡Qué poca razón tenían de tenerlo!

Una impunidad más añadida a la de todos los que no han dejado rastros audiovisuales. Un tema más, de los importantes, que no tendrá ningún peso electoral. Una noticia más perdida entre las coyunturas excitantes. Un aniversario más en los discursos y una rememoración más en algunos programas “correctos”. Una exposición más para los que tienen tiempo que perder. Una fuente más para largos trabajos de científicos sociales. Un ítem más en los presupuestos de las ONG que andan salvando al mundo pobre mientras sus funcionarios viajan en primera.

Pero nada más.

Entre tanto, los sobrevivientes no han podido resucitar porque la sociedad no les ha proporcionado un medio de procesar el trauma sufrido por ellos y por todos los demás. El informe de la CVR no es suficiente. En realidad puede muy poco si el contexto social no le confiere poder curativo. A falta de vocación por la verdad y la reconciliación – que no significa revolcarse en el pasado- y en ausencia de la única emoción que pareció en algún momento movilizar energías en un sentido o en otro, una parte de nuestras vidas y las de nuestros hijos y las de los suyos, seguirá atrapada en las fosas de los cadáveres y los recuerdos. Sin héroes, una vez más.